



El verdadero significado de anular el voto

Es una auténtica cruzada de la gente de a pie, un movimiento espontáneo que busca, en ese espacio de expresión cada vez más reducido al que nos han confinado los partidos, alzar la voz y mandar un mensaje. Sabemos, los votantes, que las consecuencias de anular el voto son perfectamente medibles

Con el permiso de los ciudadanos respondones, el "voto en blanco" debiera de ser negro, negrísimo. Digo, cierta ley de la física, un principio gravitacional o de la termodinámica o de la mecánica de suelos o algo así, establece que los espacios vacíos —inmaculados, es decir, huecos— son inmediatamente ocupados por otras fuerzas. Dicho en cristiano, una boleta electoral prístina, sin signo alguno, es la más tentadora invitación a llenarla de marcas indelebles que favorecerían, según el caso y las aviesas maniobras de los funcionarios de casilla, al antiguo partido oficial o al nuevo aparato gubernamental o a la futura maquinaria institucional.

Desconfíen, pues, gallardos electores, y llenen sus papeletas de mensajes, advertencias, admoniciones, improperios, consignas, garabatos, tachones, tachaduras y rayas multicolores. No voten por nadie o, en todo caso, propongan, para esos puestos públicos tan ape-

tecibles creados por la avasalladora partidocracia que padecemos, a personas de su entera confianza: a familiares, a amigos y a gente respetable.

No importa, en estos momentos, la composición de la futura Cámara bajísima: los resultados no pueden ser mucho peores. Lo que sí cuenta, aquí y ahora, es dejar una huella —tan imborrable como la tachadura que regala un voto a los necios politicastros del montón— de nuestra colosal inconformidad, un registro de nuestro enojo y una constancia de nuestra condición de ciudadanos descontentos.

Y es que, a estas alturas, no estamos hablando de acatar los usos y costumbres de la democracia tradicional —invocados, con todo oportunismo, por una casta dominante que se sirve con la cuchara grande— sino de la jubilosa y refrescante rebelión de los ciudadanos. Son momentos de poner en práctica nuevas reglas más allá de que sepamos, inclusive los individuos rencorosos,

que la democracia no se reduce a lo electoral y que, por ahí, pueda haber candidatos decentes. En lo personal

—y si me preguntan ustedes— iría corriendo a Nuevo León a votar por Fernando Elizondo y, aquí en casa, le daría toda mi confianza a Raúl Cuadra de la misma manera como a Raúl Gómez Leyva, en alguna de sus columnas, dijo, bien alto y bien claro, que en Coyoacán han hecho bien su trabajo los perredistas y que, por ello mismo, votaría probablemente por el candidato del sol azteca. De eso se trata, justamente, la cuestión electoral: de reconocer y de recompensar.

Pero esto, lo del "voto en blanco", es otra cosa: es una auténtica cruzada de la gente de a pie, un movimiento espontáneo que busca, en ese espacio de expresión cada vez más reducido al que nos han confinado los partidos, alzar la voz y mandar un mensaje. Sabemos, los votantes, que las consecuencias de anular el voto son perfectamente medibles: por ahí, gana el PRI o mantienen



Continúa en siguiente hoja

su registro los jovenzuelos de la franquicia de la pena de muerte o se consolidan los derechistas más rústicos o triunfan los populistas; la disminución del "voto ciudadano" significará, ciertamente, el fortalecimiento del "voto duro". Pero, por favor, esta circunstancia ¿significa que nos vamos a acomodar, así nada más, a la realidad de un sistema que no funciona, que vamos a agachar la cabeza, dócilmente, para seguir votando por gentuza cuya primera lealtad no se debe a los ciudadanos sino a sus partidos y a los muy personalísimos intereses que procuran?

No. No queremos ser parte de este juego. La composición de la Cámara de Diputados, en este sentido, carece de importancia

porque lo fundamental, más allá de expresar la indignación de los votantes —y de que, por desgracia, una oposición desleal siga obstruyendo arteramente el trabajo del presidente Calderón— es redefinir las reglas del aparato institucional: no queremos, nosotros, que los partidos sigan repartiendo candidaturas "plurinominales" que ya no tienen sentido en estos tiempos de alternancia; no deseamos, tampoco, que sigan ocultando los manejos de sus finanzas; proponemos, además, que establezcan un sistema de reelección consecutiva para propiciar la rendición de cuentas y que reduzcan sustancialmente sus gastos de fondos públicos. Todo esto está detrás del "voto en blanco": si los resultados en las urnas logran inquietar a la clase política, no será poca cosa que, en un futuro que no debe tardar, el sistema se transforme y los ciudadanos estemos en mayor sintonía con nuestros representantes. ■■

revueltas@mac.com

Son momentos de poner en práctica nuevas reglas más allá de que sepamos, inclusive los individuos rencorosos, que la democracia no se reduce a lo electoral y que, por ahí, pueda haber candidatos decentes

VOTA Y ANULA

